





zon de Prusia, sino apoderarse de las orillas del Rin y atrincherarse allí, estableciendo su frontera bien defendida. Donde tomara la ofensiva es en el Báltico, si la Rusia, como se dice, no interponga su voto condicional.

Esta tarde a última hora recibimos el siguiente DESPACHO TELEGRAFICO: Lisboa 21. En un consejo de ministros verificado ayer, el mariscal Saldanha ha manifestado el deseo de retirarse en vista de una disidencia en las cuestiones de hacienda.

Esta mañana a las once ha ocurrido una desgracia en el parque del ministerio de la Guerra. Uno de los operarios que trabajaba en el desmonte que se está haciendo en dicho sitio ha sido cogido por un paredón que se desprendió de cuyas resultas quedó muerto en el acto.

El general Prim, tan luego como tuvo noticia de la muerte del operario que trabajaba en las obras del parque del ministerio de la Guerra, mandó que la viuda de aquel infeliz se le dieran mil reales de su bolsillo particular.

BOLSA DE MADRID DEL DIA 21. Table with columns for FONDOS PÚBLICOS, ULTIMOS PRECIOS, and various financial instruments like consolidated bonds and interest rates.

DIARIO DE MADRID. SANTO DE MAÑANA 22. Santa María Magdalena, penitente. CULTOS. Se gana el jubileo de las Cuarenta Horas en la iglesia de las Recoletas, calle de Hortaleza, donde se celebrará a Santa María Magdalena con misa mayor y sermón.

ANUNCIOS. AMA DE GOBIERNO. D. JUAN DE... ARMAS. A la calle del Olivo, 4, principal, ha llegado una remesa de escopetas y revólvers-pistol y salva-vidas, por el mismo fabricante.

PRIMER ANIVERSARIO. El señor coronel D. JOSÉ PACHECO falleció en esta capital el 25 de julio del 63. Todas las misas que se celebren el 23 del corriente en el Oratorio del Olivar, y el 25 en San Antonio del Prado, por los señores sacerdotes adscritos a estos templos, se aplicarán por el alma de dicho señor.

ULTIMA NOVEDAD EN PLUMAS METÁLICAS. Alcalá, núms. 6 y 8. PASTILLAS PECTORALES DE JIMENEZ. Son un remedio eficaz para combatir y desterrar toda clase de toses por rebeldes e inveteradas que sean. Once años de feliz éxito en toda España.

EL EXCMO. SEÑOR D. GONZALO ROS DE OLANO y Quintana, vizconde de Ros, falleció el día 22 de julio de 1869. La Excmo. señora doña María M. del Arroyo y Moret, viuda; el Excmo. señor marqués de Guadalupe, padre; los padres políticos; hermanas, hermanos políticos y demás parientes, ruegan a sus amigos se sirvan asistir a la misa de cabo de año que ha de verificarse en la iglesia parroquial de San José, a las diez de la mañana del día 22 de agosto del presente año.

SE COMPRA PAPEL DEL ESTADO, empréstito romano, Península, títulos de sisas, bonos y cupones. Diríjase a Manuel Mosquera, calle de la Victoria, número 7, escritorio.

ORDEN DE LA PLAZA. Servicio para el día 22. P. rada: Los cuerpos de la guarnición. Jefe de día: Señor comandante del primer de Ingenieros, don Tomás de la Torre. Visita de Hospital: Infante, noveno capitán. El general gobernador, Peralta.

DUEÑAS, DENTISTA. Especialista para las enfermedades, operaciones de la boca y construcción de piezas artificiales. Hace extracciones por medio del nuevo anestésico. Próximo de Azco, aboliendo el dolor en ellas. Polvos y ejirra para la dentadura. Vive, calle de Carretas, 7, principal Madrid.

¡ESTERMINIO! Agua mata-chiriches que no quema ni mancha la ropa. Medio cuartillo sin casco, 13 cuartos, y con el 2 rs. Se regalán 100 rs. al que pruebe que no es eficaz. Caballero de Gracia, 8, segundo. 1

PERMUTA. Un empleado de Hacienda en Filipinas con 28000 rs. desea permutar con otro destino de 10000 en la Península. Darán razón, Mesón de Paredes, 28, tercero. SE SUPLICA A QUIEN SE HAYA ENCONTRADO un parlamente con 200 reales en la noche del 19 del corriente en la plazuela de Oriente, se sirva avisar a su dueño, calle del Conde Duque, 13, segundo derecha. ALMONEDA. HAY SILLERIAS, Mesa de ministro y demás. Ternera, número 1, principal.

A VISO. UN CABALLERO DESEA hospedarse en casa particular de familia respetable que vive en las inmediaciones de la Puerta del Sol. No se quiere casa de huéspedes. Pueden dirigirse por correo interior a M. M., plaza del Progreso, 3, almacén de cristal. 1

SE COMPRA PAPEL DEL ESTADO, empréstito romano, Península, títulos de sisas, bonos y cupones. Diríjase a Manuel Mosquera, calle de la Victoria, número 7, escritorio.

guieron la calle de la Nación hasta el fin; y después tomaron a la izquierda un camino de travesía que conducía a la costa. Para otra que para Cecilia, semejante excursión hubiera sido cosa insignificante; pero para la niña de la casa de campo, que no había seguido otros paisajes que el que se extendía desde la puerta de su casa a la puerta de la iglesia, todo era nuevo, extraordinario, y semejante al pajar que rompe su jaula, el es acio le parecía inmenso; quería ensayar sus pies, como el pajar sus alas, correr a través de aquel espacio y borrar una cosa ignorada que presentía y no se esplicaba. Todo esto daba a su rostro rubores, a su brazo estremecimientos que se comunicaban al de Enrique en el que iba apoyada y que repetía aquella dulce presión, que había estado a punto de hacer perder a Cecilia el sentido, en el momento de subir sobre cubierta del barco que debía conducirle a Francia.

¡Las olas seguían estrellándose aun y aquel mismo ruido destacaba en el fondo de sus recuerdos! Permaneció un momento inmóvil, absorbiendo en su contemplación, y después buscando a Enrique que estaba a su lado, como si ante tal espectáculo tuviera necesidad de sostenerse un espíritu, apoyóse en el brazo del joven y murmuró: —¡Qué hermoso! ¡qué grande! ¡qué sublime! Enrique no respondió; tenía su sombrero en la mano, permaneciendo descubierta como en un templo; ¡Dios está en todas partes, pero allí principalmente le reconocían los dos jóvenes! Permanecieron así cerca de media hora en contemplación, apoyado el uno en el brazo del otro, sin decir una palabra; como si ambos experimentasen el mismo sentimiento de su pequeñez en medio de tanta grandeza. ¡Enfrente de semejante espectáculo, habían jurado también Pablo y Virginia no separarse jamás! Mad. Ambroú fue quien recordó a Cecilia y Enrique que era ya tiempo de regresar al hotel; ellos habrían pasado allí el día, sin calcular que el tiempo se deslizaba; tomaron, pues, el pequeño sendero, no sin volver atrás la cabeza cada diez pasos, sin decir adiós con su mente a tan pintoresco sitio; sin coger algunas conchas de colores vivos que hubieran podido tomarse por piedras preciosas. Al volver al hotel encontraron a la marquesa vestida ya, y conferenciando con un abogado al que había hecho llamar para consultarle respecto de los derechos que crea tener a los bienes confiscados, y que quería que le fueran a toda costa devueltos. El abogado explicó entonces a la marquesa multitud de cosas de que ella no tenía idea; que el consulado se inclinaba a la monarquía, que en breve Bonaparte sería emperador, y que como el nuevo trono necesitaba el apoyo del pasado y el porvenir, todas las nuevas familias que se unieran a la nueva dinastía, serían bien acogidas, sobre todo cuanto mas ilustres fueran. En cuanto a los bienes confiscados, no había que pensar en ello, pero en cambio el imperio tenía dinero, pensiones, puestos en la corte que podían dársele a quien se prestase a tales compensaciones.

que separaba su estancia de la de su abuela, y allí se detuvieron. Enrique no se atrevía a entrar en el cuarto de Cecilia, ni Cecilia se atrevía a salir del suyo. Esto duró diez minutos; al cabo de ellos Enrique tiró de una campanilla y una criada acudió. —¡Hacedme el gusto de decir a estas señoras,—dijo Enrique,—que dentro de media hora el barco se dirá a la vela. —Yo estoy pronta, caballero,—dijo Cecilia saliendo ella misma a dar la contestación, lo que probaba haber oído las anteriores frases:—voy a decir a mi abuelita que nos esperéis. Y saludando a Enrique, atravesó rápidamente el salón entrando en la habitación de la marquesa. Esta estaba también preparada, y cinco minutos después salía seguida de su nieta. Enrique le ofreció su brazo a la marquesa y Cecilia bajó detrás con Anapsia, de quien su señora no había querido separarse. Una misma idea perseguía obstinadamente a Cecilia: ¿Enrique las acompañaba hasta el puerto o partía con ellas? Durante el camino, la joven no se atrevió a decir una palabra de este asunto, ni Enrique dijo nada referente a ello; pero su ojos se encontraron diferentes veces, como si los dos tratasen de interrogarse con la vista. Enrique llevaba un traje elegante que podía lo mismo ser de viaje que de mañana. Llegaron al puerto, bajaron del carruaje y entraron en un bote que aguardaba a la orilla; Enrique entró también en el bote y los remeros se alejaron de la costa. Enrique dió de nuevo su mano a la marquesa para subir a bordo, después a Cecilia, y aunque la mano de esta temblaba siempre, Enrique no pudo ya contenerse y la estrechó entre la suya. Una nube oscureció la vista de Cecilia y creyó que iba a caer. Era la primera vez que Enrique le hacía una demostración de cariño que no fuese con los ojos. ¿No sería, quizá, aquella demostración una despedida? Al poner el pie sobre cubierta, Cecilia vacilaba de tal modo que tuvo que apoyarse en la misma pila de botes y equipajes que obstruía el puente, y su mirada cayó sobre una maleta y se estremeció.

ció. Aquella maleta tenía un nombre, debajo una dirección, y ambos decían a la joven cuanto deseaba saber: el tarjetón de la maleta decía: «Señor vizconde Enrique de Lenones.—Francia.—Paris.» Cecilia respiró y alzó los ojos al cielo; al alzarlos se encontró con los del joven. Parecía que cuanto pasaba en el corazón de Cecilia lo reflejaba claramente su rostro, porque Enrique la dirigió una mirada de cariñosa reconversión, y con acento de triste reproche, dijo: —¡Oh! Cecilia, Cecilia, ¿cómo habéis creído que podría separarme de vos? XVI. Por una de esas variaciones atmosféricas tan frecuentes en la mar el tiempo había cambiado: de lluvioso se había tornado de una serenidad perfecta para la estación que corría, y esto permitía a los pasajeros permanecer sobre cubierta, circunstanda por la que Enrique dió gracias a Dios en el fondo de su corazón. Ella le permitía permanecer cerca de Cecilia, a la que hubiera temido que abandonara al encerrarse los viajeros en sus respectivos camarotes. Todo lo que veía Cecilia era nuevo, interesante para ella. Recordaba como en un sueño haber bajado en otro tiempo a orillas de la agua llevada en brazos de su madre, haberse visto después sobre la superficie del mar, haber visto un puerto y barcos que en él se balanceaban; pero tenía tres años y medio cuando aquellos objetos habían herido su vista, y su mente no se daba cuenta casi de ellos. Así, pues, el aspecto del mar, de los barcos, todo era nuevo para Cecilia que había vivido como las plantas de su jardín sin ver otros horizontes que el que se descubría desde las ventanas de su casa de campo. Por primera vez, desde la muerte de su madre, encontraba objetos capaces de distraer su pensamiento; y como Enrique estaba a su lado, le interrogaba sobre todo lo que se extendía a su vista, y éste respondía, como hombre verdaderamente encantado en todo, interrogándole Cecilia sin cesar, como si bus-

